

El futuro de la Historia

JOHN LUKACS

T

TURNER NOEMA

TH

Título original: *The Future of History*

© John Lukacs, 2011 / All rights reserved

Edición original en inglés: Yale University Press, 2011



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

Primera edición: octubre de 2011

De la traducción:

© María Sierra, 2011

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ISBN Digital: 978-84-15427-31-5

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

Para Willie
SPES FUTURAE

LA PROFESIÓN DEL HISTORIADOR

La aparición de la conciencia histórica – La historia de la historia profesional – La historia como “ciencia social” – Ser historiador durante la crisis actual – “El pensamiento histórico se nos ha metido en la sangre”

1.

Todo tiene su historia, incluso la historia. (Todo tiene su historia, incluso la memoria... pero *ahí* no vamos a entrar, al menos por el momento). En la mayor parte de los idiomas, “historia” denota dos cosas: el pasado, pero también el estudio y la descripción del pasado, un determinado tipo de narración. Y ¿en qué estado, con qué perspectivas de futuro, se encuentra esa narración hoy, en los primeros años del siglo *xxi*? Diré –debo decir– algo sobre esa gran pregunta – más que grande– un poco más adelante, en este mismo librito. Pero ahora debo empezar con el estado y las perspectivas de futuro de la profesión del historiador; o, dicho de manera más precisa, del acto de enseñar historia o de escribir sobre ella como una profesión acreditada que llevan a cabo profesionales acreditados.

La historia como actividad profesional es más reciente de lo que se suele pensar. La existencia en la historia empezó con Adán y Eva, que vivían en su tiempo y lo sabían. A partir de ellos, cobraron existencia el relato y la escritura del pasado, pero fueron quizá unos cuantos griegos los primeros que se ejercitaron de forma consciente (y excelente) en la “historia” (la propia palabra “historia” viene del griego, donde venía a significar “investigación”). Los grandes escri-

tores griegos, romanos y de otras culturas (por ejemplo los del Nuevo Testamento) se inclinaban (algunos de ellos con gran entusiasmo) por registrar y escribir sucesos *reales* sobre gente real y no sucesos legendarios sobre gente de leyenda, pero ni a ellos ni a sus lectores se les ocurría utilizar el nombre de “historiadores” o de “biógrafos”. Muchos siglos después, desprenderían cierto tufillo a profesionalidad algunos hombres a los que se denominaba “cronistas” y que tenían encargada la tarea de llevar el registro de determinados sucesos o de determinadas personas. Con todo, estos hombres no diferían mucho de sus predecesores griegos o romanos. Más adelante –no durante el Renacimiento sino más bien, en general, posteriormente– apareció otra cosa que yo prefiero llamar el surgimiento de la conciencia histórica, concretamente en Europa occidental y en Inglaterra; algo que para muchos supuso un cambio de mentalidad y de vocabulario. Ese algo se hizo sentir en un interés cada vez mayor por la historia, e incluso por el autoconocimiento. No es tarea de este libro describir esa mutación con detalle, aunque su autor le haya dedicado gran parte de su trabajo como docente y como escritor, llegando al extremo de afirmar que la aparición de la conciencia histórica en torno al siglo XVII puede haber tenido tanta importancia –si no más– como la aparición del método científico.

Con todo, permítanme ilustrar esa aparición aunque sea en pocas palabras, con unos ejemplos tomados de la lengua inglesa. El *Oxford English Dictionary* registra la primera aparición de ‘historia’ “en tanto que registro formal” en el año 1482; la de ‘historiador’, medio siglo más tarde, en una época en la que la palabra ‘siglo’ no tenía su significado actual. Poco tiempo después, ‘primitivo’ cobra, por primera vez, el significado de que ciertas cosas y ciertas personas se hallan todavía “por detrás” de nosotros; ‘progreso’ significa por primera vez avance en el tiempo (ya no solo en el espacio); ‘siglo’, ‘contemporáneo’, ‘década’, ‘época’, ‘Edad Media’ (por vez primera alrededor de 1688, señalando un lap-

so de tiempo bien definido, entre lo 'antiguo' y lo 'moderno'), 'evolución' y 'desarrollo' vienen un poco después. Al mismo tiempo, esta nueva visión externa de la historia trajo consigo un nuevo tipo de visión interna, que se ejemplifica claramente en la aparición de palabras con el prefijo 'auto': 'autoestima', 'autocompasión' o 'autoconocimiento' hicieron su aparición en el idioma inglés durante el siglo XVII; 'ego' y 'egoísmo' llegan un poco después, cuando aparece por ejemplo 'anacronismo', que hace referencia a algo mal ajustado a su tiempo, esto es, a algo que está históricamente equivocado. (Recuérdese que dos siglos antes Tiziano y compañía pintaban escenas y figuras bíblicas con la indumentaria del siglo XVI, y casas y villas italianas del mismo siglo al fondo).

En suma: la historia de este desarrollo de la conciencia histórica precedió (y trascendió) la historia de la historia profesional. Por supuesto, la primera condujo a la última, y es de esta de la que me ocuparé en el presente libro. En algún momento, en torno al año 1700, hace ahora unos trescientos años, algunos hombres empezaron a darse cuenta de que el conocimiento de la historia podría ser no solo interesante, sino también práctico, en especial para lo concerniente a las relaciones entre estados. Hacia 1720, el cardenal Fleury, consejero del rey de Francia, escribió que "un hombre de estatus mediocre necesita muy poca historia; aquellos que desempeñan algún papel en los asuntos públicos necesitan mucha más y para un príncipe toda es poca". El Profesorado Regio en Historia Moderna, instituido en Oxford en el año 1724 por el rey Jorge I, estaba restringido a la educación de jóvenes diplomáticos. El adjetivo "diplomático" se refería por entonces al estudio y análisis detallado de documentos; en este aspecto, un gran erudito francés, Jean Mabillon (*De re diplomatica*, 1681), que se dedicó sobre todo a estudiar los primeros documentos de la Iglesia y a señalar sus errores, se adelantó en casi un siglo al estudio "científico" de la historia. Pero ya estaba en

marcha algo más amplio (y más profundo). Durante el siglo XVIII, la historia empezó a brotar y a florecer como literatura, especialmente en Francia e Inglaterra, y hubo un gran incremento de la cantidad de personas que leían por placer.

[*] Voltaire se dio cuenta perfectamente; la historia es la forma de literatura que más lectores tiene en el mundo, escribió. De ahí que escribiera las biografías históricas de Carlos XII y de Luis XIV, por ejemplo. “La historia es la especie de escritura más popular”, dijo Gibbon, y a ella se dedicó. Hacia finales de ese siglo el doctor Johnson, en uno de sus comentarios a Boswell, se lamentaba de que no hubiera suficiente historia genuina.

Y tenía razón, en más de un sentido. Ahora la historia ya existía como una rama de la literatura de evasión. Pero recordemos que hace trescientos años no existían los cursos de historia. En las escuelas de bachillerato y en las universidades medievales, la historia no entraba en el temario. Nadie se licenciaba en historia. Puede que a la gente le interesara la historia cada vez más pero, por el momento, no había historiadores profesionales. Y entonces, hace unos doscientos treinta años, la cosa empezó a cambiar.

2.

En 1776 o 1777, la universidad de Gotinga, en Alemania, empezó a ofrecer el primer curso del grado profesional en historia (o, dicho con más precisión, “para el estudio de la historia”). La iniciativa partió de August Ludwig von Schlözer, quien insistía en que la historia era algo más que una narración y algo más que la memorización del pasado; insistía en que también era filosofía, capaz de poner en relación las consecuencias con las causas. A lo largo de los cien años siguientes, este modelo y esta práctica y esta certificación, alemanes de origen, se diseminaron por todo el mundo civilizado. Sobre el mapa de Europa, uno podría ir seña-

lando el avance del doctorado en historia, a lo largo del siglo XIX, desde España hasta Rusia. En Estados Unidos, el primer doctorado en historia se instituyó en la Johns Hopkins University de Baltimore, en el año 1881^[*]. Y a partir de todo esto podemos inferir la siguiente generalización:

Durante el siglo XVIII, la historia se consideraba una forma de literatura;

durante el siglo XIX, la historia se consideraba una ciencia;

y a menudo durante el siglo XX, sobre todo en Estados Unidos, se ha considerado una "ciencia social"^[**].

Tal como se consideraba, se practicaba. Y esta práctica de formar y certificar a los historiadores profesionales, alemana en origen, se volvió casi universal. Pero ¿cuáles eran (y son todavía) sus aplicaciones prácticas? Por encima de todo, estaba (y está todavía) el estándar idealizado de la objetividad. O, en Alemania especialmente, la insistencia en "el método científico", cuya correcta aplicación llevaría (o debería llevar) a que se lograra escribir un tramo de la historia *wie es eigentlich gewesen*, "como de hecho fue", de acuerdo con la máxima del historiador alemán Leopold von Ranke, que vivió y trabajó durante casi todo el siglo XIX. El hombre tenía sus defectos personales, y tenía sus prejuicios, pero el suyo fue un ideal noble que no se debería criticar retrospectivamente. Von Ranke no fue el primer historiador que se afanó en encontrar y ensalzar el valor supremo de los documentos; pero sí estuvo entre los primeros que insistieron en la diferencia categórica que separa las fuentes "primarias" de las "secundarias": las primeras son las dichas o escritas por el sujeto de investigación, mientras que las segundas son un informe de actos o palabras del que da cuenta o que registra un tercero. Otra institución germánica era la del seminario y, en la mayoría de ellos, los

estudiantes de posgrado trabajaban bajo la supervisión de un profesor estudiando los documentos o preparándose para utilizarlos. Y de ahí otra consecuencia: la disertación profesional –un trabajo o monografía más o menos original, un análisis de un tema en particular, por muy limitado que fuera, pero basado sobre todo en las fuentes primarias descubiertas o utilizadas por el estudiante, que emplearía a fondo el método científico– lo cualificaba para ser admitido en el gremio de los historiadores profesionales. Esta práctica y la idea de “gremio” en sí se habían tomado de los estándares medievales de la orden de los gremios de artesanos de Alemania, donde la admisión en un gremio requería: a) que el aprendiz se sometiera a la enseñanza del oficio por un maestro artesano, y b) que ese mismo aprendiz produjera una obra original, y de ahí el término “obra maestra”.

Los resultados de estos estándares y de estas prácticas de la ciencia histórica del siglo XIX fueron impresionantes. Son muchas las grandes obras escritas por historiadores del siglo XIX que hoy siguen siendo no solo valiosas, sino ejemplares. Se daban además unas condiciones que hacían posibles (aunque no siempre más fáciles) tales logros. Una de ellas fue la apertura gradual de los archivos y, por tanto, la accesibilidad a las fuentes primarias para cada vez más estudiosos. Otra circunstancia es que los “gremios” aún eran reducidos. Todavía en el año, digamos, 1860, un historiador con buena capacidad de lectura y que supiera al menos dos idiomas podía estar al día de todas las publicaciones de otros historiadores profesionales en su “campo” e incluso en otros. Además, su posición social y la remuneración de su puesto docente le permitían continuar con su investigación en gran medida durante sus horas de ocio. (De estas condiciones, es posible que la última siga dándose, pero la primera ya no).

Un buen ejemplo de estas condiciones entonces novedosas fue el gran historiador inglés lord Acton, que leía y ha-

blaba al menos en seis idiomas. Hay indicios de que, en la década de 1860, cuando comenzaron a aparecer las primeras publicaciones periódicas de historia en el ámbito académico, con artículos, bibliografías y listas de los últimos libros publicados o de colecciones de documentos, Acton se leía una cantidad pasmosa de ellos, fueran sus temas antiguos, medievales o modernos. Y eso en unos años en los que la erudición archivística británica estaba todavía por detrás de la alemana o la francesa. (Sin embargo, Acton fue uno de los personajes clave en la fundación de la *English Historical Review*, en 1885. Y, aunque nunca llevó a cabo el plan de escribir una obra monumental, *The History of Freedom* [La historia de la libertad], Acton escribió mucho: sus artículos, reseñas y ensayos, junto con la impresionante cantidad de notas que en algún momento formarían parte de aquel libro, siguen teniendo vigencia y valor. Y aun así, también él creía en el valor supremo del método científico).

En su notable introducción a *The Cambridge History of Modern Europe* (1897) Acton escribió que, gracias al progreso de la ciencia histórica, se había hecho posible escribir relatos históricos concluyentes de los hechos importantes. Afirmaba así un carácter de "definitividad" que ya no tenemos, ni deberíamos tener. (Como dijo John Newman, contemporáneo suyo, "me da la impresión de que [Acton] espera más de la Historia de lo que la Historia puede proporcionarle"). ¿Habría entendido Acton que La Última Palabra sobre un tema no significa que Este Caso Queda Cerrado? ¿Que la historia, por su propia naturaleza, es "revisionista"? Pues no. Murió, infeliz, en el año 1902. Era un hombre del siglo XIX, un soberbio ejemplo de la investigación y la escritura histórica de entonces.

En ese mismo siglo, sin embargo, hubo no solo filósofos (digamos Schopenhauer o Nietzsche), sino también un puñado de historiadores que manifestaron su convicción acerca de las limitaciones del "método científico". En 1868, el historiador alemán Johann Droysen lo expresó con gran

elegancia: "La historia es el conocimiento de la humanidad sobre sí misma, su certeza de sí. No es 'la luz y la verdad', sino la búsqueda de ellas, el sermón que de ellas se desprende, la consagración que se les dedica. Como se decía de Juan el Bautista, 'no era él la luz, sino el enviado para dar testimonio de esa luz'". Incluso antes que él, Jacob Burckhardt (quizá el más eminente de los historiadores de los últimos dos siglos) les había dicho a sus alumnos que la historia carecía de método. Les dijo esta frase en italiano: *Bisogna saper leggere*, "Tenéis que saber leer", que es tan cierta hoy, en nuestra era de las imágenes, como entonces. O quizá incluso más.

3.

Durante el siglo XIX, surgió otra novedad previsible, que fue la aplicación del método científico al estudio de una gran masa humana. La aparición de la nueva ciencia de la sociología no fue sino una de sus consecuencias. Y, en relación con los fenómenos anteriores, también empezó a darse entre algunos historiadores profesionales un interés cada vez mayor por ir más allá de los temas tradicionales de los Estados y la política y sus líderes. En algunos casos especialmente notables, alrededor de 1910 o a partir de ese año, particularmente en Francia y en Alemania, pero también en Inglaterra, ese interés no solo se hizo más amplio, sino también más profundo, extendiéndose al estudio de las condiciones geográficas y económicas y materiales de ciertos periodos. En Estados Unidos, Henry Adams hizo notar, ya en 1900, que existía "la nueva ciencia de la sociología dinámica". Sin embargo, no fue Henry Adams sino toda una pléthora de historiadores profesionales estadounidenses los que ya entonces aceptaban y difundían y enseñaban en sus clases esa noción entonces tan americana y progresista de que la historia era una ciencia social. "¿Qué es una 'ciencia

social'?", le preguntaba en 1912 Agnes Repplier, notable ensayista e historiadora aficionada estadounidense, a un amigo. No obtuvo respuesta a pregunta tan escéptica. Sin embargo, para entonces ya muchos historiadores americanos habían aceptado que su disciplina recibiera la denominación de ciencia social.

Por esa misma época, la enseñanza de la historia, su inclusión sistemática en el currículo de los institutos y las universidades, se había extendido por Estados Unidos. Fue un gran logro administrativo promovido por historiadores progresistas y demócratas, que afirmaban que el estudio y el aprendizaje de la historia eran algo eminentemente práctico, que la historia debía quedar "subordinada de forma coherente" a las necesidades del presente (James Harvey Robinson y Charles A. Beard, 1907). Robinson, en 1912: "Actualmente, la sociedad está inmersa en un esfuerzo inmenso y sin precedentes por mejorar en múltiples facetas. La mentalidad histórica [...] promoverá el progreso racional como ninguna otra cosa puede hacerlo. El presente ha sido, hasta hoy, la víctima propiciatoria del pasado; ha llegado el momento de que se vuelva hacia el pasado y lo explote en interés del porvenir".

He aquí el progresismo estadounidense por excelencia: democrático a la vez que progresista, populista al tiempo que intelectual. Sus principales adalides populares –y por un tiempo líderes– no provenían del Este del país (Robinson era profesor en Columbia), sino del Medio Oeste, sobre todo de la Universidad de Wisconsin. Sus mayores profetas fueron Frederick Jackson Turner, Vernon Parrington y Merle Curti, quienes más que historiadores eran profesionales de las ciencias sociales, les gustara o no. Ellos fueron los portavoces profesionales e intelectuales de un progresismo populista que, en lugar de ser en verdad "moderno", se apoyaba en un concepto del Hombre Económico no muy alejado del marxismo del siglo XIX, aunque en versión americana. Turner escribió que "las cuestiones que centran hoy

el debate, y que irán ganando importancia con el tiempo, no son tanto cuestiones [...] políticas. La era del maquinismo, del sistema fabril, es también la era de la indagación socialista". (Esto podría haberlo escrito un historiador soviético de la década de 1930). Parrington, en su enciclopedia historia intelectual de Estados Unidos, desestimaba a F. Scott Fitzgerald por insignificante. Beard escribió, ya en 1930, que "el papel extendido del gobierno hará aumentar, y no disminuir, 'la libertad del individuo'". Etcétera, etcétera. La mayor parte de estos historiadores consideraban y difundían la historia como una ciencia social sin más; quizá fuera "la" ciencia social, pero no dejaba de ser una ciencia social.^[*]

A partir de 1950, fueron desvaneciéndose la influencia y la buena fama de estos progresistas de Wisconsin. Al fin y al cabo, resultaba obvio que (a diferencia de otros, y a diferencia de la escuela francesa de los Annales) su forma de ampliar el campo de investigación de la historia no les llevaba a profundizar en ella; más bien al contrario. Sin embargo, siguió viva la idea de que la historia era una ciencia y bajo ese nombre los centros de secundaria fueron reduciendo el peso de la historia en el currículo. El interés pasajero por la historia social, la cuantificación, el multiculturalismo, la historia de género, etcétera, no fue sino una versión del enfoque sociocientífico. (Sí, un enfoque y no un "método"). En el próximo capítulo habré de referirme a estas modas pasajeras, pero aquí debo intentar analizar un fenómeno más amplio, a saber, el desarrollo de la profesión del historiador a lo largo del siglo pasado y especialmente en los últimos treinta años.

4.

Había algo muy estadounidense e ilusorio (¿más ilusorio que ingenuo?) en la difusión de esa visión (y hasta se po-

dría decir de esa clasificación) de la historia como ciencia social. Pero al mismo tiempo hemos de reconocer que, como en tantos otros ámbitos de la vida, el siglo xx fue un siglo estadounidense –quizá *el* siglo estadounidense–, y que eso supuso ciertos beneficios. En 1900, eran pocos los historiadores profesionales estadounidenses que pudieran considerarse líderes o modelos en sus campos de estudio. Pero, a medida que avanzaba el siglo xx, la reputación de muchos de ellos fue conquistando tales alturas. Gran parte de ese mérito hay que atribuírselo a los contenidos que crecían con rapidez y a la excelencia de las bibliotecas estadounidenses, muchas de las cuales empezaron a contarse entre las mejores del mundo. La cantidad y calidad de sus fondos enseguida comenzó a superar los tesoros acumulados por muchas bibliotecas universitarias europeas. También contribuyó la llegada a Estados Unidos, entre las décadas de 1930 y 1940, de muchos académicos europeos. Esta migración trasatlántica de libros, artículos y eruditos condujo rápidamente a que el estudio histórico y sus publicaciones se extendieran en muchos campos.

Fue notable, y sigue siéndolo, que muchos de los profesores y escritores de historia estadounidenses más admirables (por ejemplo, Carlton Hayes, Garrett Mattingly, Charles Homer Haskins, James H. Breasted, Jacques Barzun... la lista es, necesariamente, azarosa e incompleta) optaran por dedicarse a la egiptología, a la historia medieval, a la del Renacimiento o a la de la Europa moderna, antes que a su propio país y a su propio pueblo. Esto fue, y sigue siendo, una excepción en todo el mundo. Resulta natural que un historiador se interese especialmente por la historia de su propio país, no solo debido a la proximidad sino porque el interés, el entendimiento y el conocimiento, que incluyen el interés histórico, el entendimiento histórico y el conocimiento histórico, son necesariamente *participantes*. Por supuesto, hubo, y hay, excelentes estudiosos estadounidenses de la historia estadounidense. La crisis del estudio y del

conocimiento histórico, a la que se dedica gran parte de este libro, no afectó demasiado a su trabajo. Sus métodos no cambiaron en exceso. En ese aspecto, no merecen crítica alguna. El que la profesión de historiador se mantuviera, en gran parte, al margen de la gran crisis cultural del siglo xx tuvo más de bueno que de malo. Y es digno de señalar que, mientras durante la primera mitad del siglo xx se producían cambios radicales y revolucionarios en el arte, la literatura, la física y demás, la historia en su mayor parte (o, por decirlo con más precisión, sus métodos y estándares, la forma de enseñarla y de escribirla) se mantuvo al margen, al menos hasta 1960. Hasta entonces –y, en muchos sitios, todavía ahora–, lo que sucedía durante una clase de historia en un aula, o incluso en un seminario de posgrado, no era muy diferente de lo que hubiera podido suceder cincuenta o incluso cien años antes. Con esto basta para ilustrar –más aún: para probar– algunos de los valores imperecederos de las tradiciones y métodos del siglo xix, tan poco corrientes en otros campos del arte o la creación.

Para muchos, la historia seguía siendo –y, en tantos sitios, todavía es– una “ciencia” como las demás. Yo no creo que la historia sea una ciencia (desde luego, no lo es en el sentido que este término tiene en inglés), pero eso no voy a argumentarlo aquí. Baste decir que el legado de los magníficos historiadores del siglo xix aún debería suscitar nuestro respeto, tanto si creían que la historia era una ciencia como si no. De modo que durante bastante tiempo el estudio, la investigación, la escritura y la enseñanza de la historia no se vieron afectados por la crisis cultural del breve (1914 a 1989) siglo xx. Pero a partir de 1960 más o menos (una fecha imprecisa, con muchas excepciones), esto dejó de ser así. En diversos países, muchos historiadores académicos empezaron a tener la sensación, quizá incómoda, de que era necesario ampliar y profundizar en el estudio y la escritura de la historia. Al menos, algunos de ellos se sintieron tentados por las nuevas trayectorias, por los términos y los